



VICENTE CAMPO PALACIO

UNA vez más, las páginas de ARGENSOLA deben recoger una noticia dolorosa: la muerte de uno de los más ilustres miembros del Instituto de Estudios Oscenses. El día 22 de septiembre falleció en Huesca don Vicente Campo Palacio, consejero numerario de nuestra Institución desde sus comienzos y uno de nuestros primeros presidentes de honor.

Al recordar hoy, en estas breves líneas, su figura prócer, querríamos destacar una de sus múltiples facetas, no la más brillante, pero sí la fundamental de su compleja personalidad: la inquietud intelectual. Aunque su enorme capacidad de trabajo le llevó al desempeño de funciones alejadas del mundo de la cultura, sin embargo, demostró en todo momento una insobornable preocupación científica.

Nacido el 19 de abril de 1890, en el pequeño Bierge, al pie de la Sierra, orillas del Somontano, ingresó en el Seminario de Huesca, en donde adquirió su formación humanística. Eran los primeros años del siglo y hasta las aulas del Seminario llegaba el eco de las polémicas y del vocerío de una sociedad en plena transformación. A la sazón, el Seminario contaba con un selecto cuadro de profesores, entre los que figuraban los doctos prebendados don Vicente Carderera, extraordinaria personalidad oscense; don Higinio Lasala, con aficiones a los estudios históricos; don Miguel Ortiz; don José Erice, gran orador; don Víctor Aragón, teólogo y escritor.

Desde el Seminario pasó a la Escuela Normal del Magisterio, semillero de vocaciones docentes, que tantos puntos de contacto tiene con el primero, pero cuyo ambiente difería mucho de la sosegada paz de

las aulas sacerdotales. Son para el joven alumno años de crisis que lo enfrentan con un mundo agitado, en ebullición, con problemas nuevos que ponen a prueba su vocación científica y docente. Es en esta época cuando publica sus primeros artículos revelando una de sus más hondas aficiones: su inclinación al periodismo.

El profesorado de la Escuela Normal corona sus ambiciones docentes y le da ocasión de desplegar su actividad pedagógica tanto en las aulas como en la publicación de manuales de enseñanza y de trabajos científicos; sus éxitos en este orden de cosas auguraban una espléndida floración cuando el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera vino a ofrecerle insospechadas posibilidades de acción. Uno tras otro, fueron designados como alcaldes de la ciudad tres intelectuales: Manuel Bescós, el buen escritor oscense, Miguel Angel Ferrer y Vicente Campo, profesores de la Escuela Normal, mientras ocupaba la presidencia de la Diputación Manuel Banzo, más poeta que hombre de leyes. Aunque fue nombrado alcalde en abril de 1927, don Vicente ya venía desempeñando la primera tenencia desde años antes.

A pesar de la labor que despliega en el Concejo, a pesar de su actividad política, no se olvida de sus inquietudes intelectuales y sigue publicando diversos trabajos; funda también un nuevo periódico oscense, «Tierra Aragonesa», del que fue director.

Su actividad no reconoció límites: asambleísta, delegado regional de Fomento, presidente de la Cámara de Comercio, delegado de Prensa y Propaganda, vicepresidente de la Junta de Intendencia Civil, consejero de varias instituciones, dejó en todas partes la huella imborrable de su entusiasmo, de sus iniciativas y de su magnífica preparación. Entregado a tan varias empresas, todavía encuentra tiempo para pensar en publicaciones y estudios. No olvida tampoco su afición periodística, dirigiendo durante la guerra civil el diario «Patria».

Vemos cómo siempre su inquietud intelectual pugnaba por salir a la superficie, no obstante lo adverso del medio ambiente en que vivía. En solemne ocasión, en pleno asedio de la ciudad, Federico García Sanchiz, al pronunciar una magnífica charla sobre gestas y gestos oscenses, llamaba a don Vicente y a los miembros de la comisión que lo habían invitado a Huesca, caballeros del verde gabán. Y eso fue ciertamente don Vicente Campo por su mesura, por su cortesía, por su templanza; pero un caballero del verde gabán lleno de entusiasmo por los libros, de amor a la poesía y de inquietud creadora, que le llevaba al riesgo y a la aventura, no siempre venturosa.

Escapa ya de la brevedad de esta nota necrológica la cita de sus publicaciones y su consiguiente valoración. Diremos solamente que sus aportaciones pueden dividirse en los siguientes grupos:

1. *Publicaciones científicas y didácticas*.—Predominan las de carácter pedagógico. Yo recuerdo todavía los valiosos manuales de la colección «Ferrer y Campo» (Geografía, Aritmética, etc.), en los que nos formamos gran parte de la juventud oscense de la época de la Dictadura. Publicó también artículos de carácter histórico.

2. *Trabajos periodísticos*.—Artículos y editoriales en la Prensa diaria; incisivos y extremados, los de su juventud; reposados y serenos, los de su madurez. Los periódicos oscenses, sobre todo «Tierra Aragonesa» y «Patria», ofrecen una buena colección de artículos suyos, la mayoría sin firma.

3. *Discursos*.—Don Vicente fue orador inspirado que sabía entusiasmar al auditorio. Del gran número de discursos que pronunció, muy pocos han sido editados.

Junto a sus publicaciones, es necesario destacar su afán por fomentar la cultura, puesto de relieve en su paso por los diferentes organismos que dirigió. Era consejero de nuestra institución desde noviembre de 1949, y al año siguiente, fue nombrado presidente de honor. Los deberes de la alcaldía, primero, y después su falta de salud le impidieron dedicar a nuestras tareas el tiempo y la atención que hubiera deseado.

Con su muerte, desaparece una de las personalidades más representativas de la Huesca de la primera mitad de nuestro siglo. Cuando veíamos pasar su alta y enjuta figura, más de don Quijote que de Caballero del verde gabán, recordábamos a los hombres del mil novecientos veinte, con sus ideales y su cálido entusiasmo y su anhelo de saber y de meditar; él era ya el último de aquellos estudiosos—la palabra «intelectual» me parece excesivamente pedante—que la política de Primo de Rivera llevó a la alcaldía de Huesca. Porque amó la verdad, porque trabajó con indomable tesón, porque se negó a sí mismo el descanso, esperamos que Dios le habrá concedido la luz inextinguible y la perenne paz.

FEDERICO BALAGUER